

¿Qué hacer con los muertos? Claudia Hernández y el trabajo del duelo en la postguerra salvadoreña

El presente artículo explora el trabajo del duelo en la literatura salvadoreña contemporánea. Para esto, se presta especial atención al cuento “Hechos de un buen ciudadano” (Partes I y II) de Claudia Hernández. Se propone que el trabajo del duelo en la literatura salvadoreña de postguerra puede entenderse como un proceso inconcluso, el cual busca oponerse a los esfuerzos oficiales de “sanar las heridas del pasado” y rearticular la comunidad nacional. Así, el duelo inacabado, como lo presenta Hernández, se convierte en una demanda de justicia por los crímenes cometidos por el Estado.

Palabras claves: *El Salvador, Claudia Hernández, postguerra, duelo*

This article explores the task of mourning in contemporary Salvadoran literature with special attention to Claudia Hernández’s short story “Hechos de un buen ciudadano” (Parts I and II). It posits that the task of mourning in postwar Salvadoran fiction may be understood as an unfinished process that seeks to challenge the official aims of “healing the wounds of the past” and restore the national community. Therefore, the incomplete task of mourning, as Hernández presents it, becomes a demand for justice for the crimes committed by the State.

Keywords: *El Salvador, Claudia Hernández, postwar, mourning*

*En este pueblo lo único que hay es muerte,
por eso lo celebran tan bien.*

“Último viernes”. Elena Salamanca

La pregunta ¿qué hacer con los muertos? reaparece constantemente en gran parte de la narrativa salvadoreña de los últimos años. Esto posee pleno asidero al situar la interrogante en los años que suceden a la firma de los Acuerdos de Paz (1992), la que puso fin, después de doce años, a un conflicto bélico que dejó un saldo de aproximadamente 80.000 muertos; siendo la mayoría de ellos personas pertenecientes al movimiento revolucionario del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional

(FMLN) y civiles inocentes. Si bien el conflicto acabó oficialmente hace más de veinte años, poco o nada se ha hecho en lo que respecta a políticas de la memoria y reparación hacia las víctimas de la violencia y el terrorismo de Estado. Lo anterior se ha expresado, entre otras cosas, por medio de una ley de amnistía que estuvo vigente durante 23 años, y a su vez, en los virtualmente inexistentes memoriales que rinden homenaje a las víctimas de la guerra.¹

Todo lo anterior genera una serie de complejidades y trabas a la hora de abordar y pensar el trabajo del duelo en El Salvador, principalmente porque desde la oficialidad se ha tendido a dar por finalizado de manera abrupta este proceso. Esto fue sin duda más explícito durante el período de los gobiernos del partido derechista ARENA (1989-2009), donde los sucesivos mandatarios optaron no sólo por cerrar cualquier tipo de posibilidad que permitiese algún tipo de justicia o reparación hacia las víctimas, sino también, volcaron sus esfuerzos en llevar a cabo una transformación total del país de la mano de la implementación de diversas políticas neoliberales. Esta situación cambió parcialmente con la llegada de Mauricio Funes (militante del FMLN) al gobierno el año 2009, cuando, por primera vez desde la firma de los Acuerdos de Paz, la mayor autoridad salvadoreña aceptó la responsabilidad del estado en los crímenes ocurridos durante la guerra y pidió perdón a las víctimas. Pese a éste, Funes manifestó su firmeza en no modificar la, hasta ese entonces aún vigente, ley de amnistía, por considerar que abriría las heridas del pasado y que afectaría a la unidad nacional.²

Ahora bien, contraria a la voluntad oficial de cerrar cualquier trabajo de duelo de manera forzada, imponiendo el silencio, el olvido y la impunidad, parte de la literatura nacional ha realizado importantes esfuerzos por mantener la discusión por el duelo de la manera más visible posible. Para adentrarme en este problema, analizaré en este artículo parte de la obra de una de las autoras que más ha explorado este fenómeno: Claudia Hernández. De su diversa producción cuentística (*Otras ciudades*, 2001; *Mediodía de fronteras*, 2002; *Olvida uno*, 2005; *La canción del mar*, 2007; *Causas naturales*, 2013), quizás el texto más interesante para pensar el trabajo del duelo sea *Mediodía de fronteras*, publicado originalmente el 2002 y reeditado el 2007 bajo el título *De fronteras*. En este artículo, me detendré específicamente en el relato más sugestivo del libro desde la óptica del duelo, y el que aporta una posibilidad de análisis crítico más extenso: "Hechos de un buen ciudadano" (partes I y II).³ Como veremos, en las breves páginas de este relato se articula un planteamiento que es capaz de problematizar el trabajo del duelo desde sus dimensiones políticas,

éticas y comunitarias, junto con presentar una propuesta estética y lingüística que acompaña lo antes mencionado.

Una reflexión sobre el trabajo del duelo implica, siguiendo a Sigmund Freud, analizar la reacción que se tiene ante algún tipo de pérdida (243). Sin embargo, como ha identificado Judith Butler, el sentimiento de pérdida no es algo que ocurra en el vacío, sino más bien, se ancla en diversos elementos que lo hacen posible, destacando la idea de comunidad. Para Butler, detrás de todo trabajo del duelo se halla un profundo sentimiento de colectividad, un “nosotros” del cual somos ineludiblemente parte, y es precisamente allí donde radica la fuerza política de éste. En sus propias palabras: “Many people think grief is privatizing, that it returns us to a solitary situation and is, in that sense, depoliticizing. But I think it furnishes a sense of political community of a complex order, and it does this first of all by bringing to the fore the relational ties that have implications for theorizing fundamental dependency and ethical responsibility” (*Precarious Life* 22). Las implicancias éticas del duelo vendrán dadas, según Butler siguiendo a Emmanuel Levinas, por el reconocimiento de un rostro en el otro. El rostro, si volvemos a Levinas, “es lo que no se puede matar, o, al menos, aquello cuyo *sentido* consiste en decir: ‘No matarás’” (*Ética* 72). Por el contrario, el hecho de no ver en el otro un rostro lo convierte en un Otro, en alguien que se encuentra por fuera del reconocimiento de la semejanza, y por ende, en el “único ser al que yo puedo querer matar” (Levinas, *Totalidad* 212).

Así, aquellos que se encuentran fuera del círculo protector del “nosotros” son a su vez privados de toda existencia y humanidad desde la posición de poder que establece cuáles son los límites demarcatorios. Esta exclusión, no sólo de la comunidad sino también de la humanidad, es lo que trae consigo la imposibilidad del trabajo del duelo. En palabras de Butler, “They cannot be mourned because they are always already lost or, rather, never ‘were,’ and they must be killed” (*Precarious Life* 33), y por lo tanto, “The matter is not a simple one, for, if a life is not grievable, it is not quite a life; it does not qualify as a life ... It is already the unburied, if not the unburiable” (*Precarious Life* 34). Tomando esto en consideración es que debemos entender la importancia del estatuto de humanidad que separa a un cadáver de otro. Esta condición de humanidad, como bien señala Butler, viene dada dentro de los marcos de un cierto tipo de comunidad que valoriza la vida de sus miembros y que la privilegia por sobre la de aquellos que no forman parte de ella. Las vidas que no entran dentro del reconocimiento comunitario pueden, en última instancia, llegar a ser privadas de toda posibilidad y derecho a realizar un trabajo de duelo.

Es aquí donde se presenta un problema importante, puesto que, como diversos autores han señalado, una de las principales consecuencias de la guerra civil en El Salvador, al igual que en otros países centroamericanos, fue la destrucción de la idea de nación, y con ello, la ruptura al interior de la comunidad nacional.⁴ Esto implicaría entender la guerra civil como una ruptura en el proyecto teleológico moderno, el que se encontraba anclado en la supuesta existencia de una comunidad nacional homogénea y cohesionada por la cual valía la pena pelear. Por supuesto, esto no implica que dicha comunidad haya *efectivamente* existido, sino más bien, de que en nombre de ella se construyeron todos los proyectos políticos desde el origen de la república. En otras palabras, a lo que asistimos en el período de la llamada postguerra salvadoreña no es otra cosa que al agotamiento de la noción de comunidad nacional como principio rector de la teleología política en su sentido tradicional.

La pregunta que surge a raíz de lo anterior es evidente: ¿Cómo pensar la posibilidad del trabajo del duelo ante una fractura en la idea de comunidad? Un posible camino es el que encontramos en la oficialidad salvadoreña, que se fundamenta en la reconstrucción forzada de la comunidad nacional.⁵ Este punto ha sido muy bien desarrollado por Robin DeLugan en *Reimagining National Belonging* (2012), donde ha demostrado que los gobiernos de la postguerra salvadoreña han realizado innumerables esfuerzos por recomponer la idea de nación tras el fin del conflicto bélico. Esto se evidencia, entre otras cosas, en las diversas reformulaciones del currículum educacional que han ocurrido en los últimos años y en la proliferación de museos e instituciones públicas cuyo fin es reafirmar la identidad nacional. A su vez, como Cecilia Rivas ha dejado en claro en *Salvadoran Imaginaries* (2014), los esfuerzos por reconstruir y preservar la identidad nacional no sólo se limitan a las fronteras internas, sino también, en un contexto con altísima migración, principalmente hacia los Estados Unidos, estos también se orientan a fortalecer los vínculos de la comunidad nacional en un mundo globalizado y transnacional. El problema de esta solución es que, como ha señalado Sergio Villalobos-Ruminott, se trataría “de una reactualización, al menos simbólica, de las promesas que marcaron el comienzo de nuestra vida independiente, pero ahora en un contexto radicalmente diferente, donde experimentamos un agotamiento de la soberanía estatal y, por consiguiente, su transmutación transnacional y corporativa” (*Soberanías en suspenso* 26-27). De este modo, los esfuerzos estatales por recomponer la comunidad nacional en el país, esta vez cimentada sobre el libre mercado y la privatización, han significado llevar a cabo un cierre forzado

en el trabajo del duelo, en el cual la reparación y justicia han sido los grandes ausentes.

Pero habría otra opción, y es la que a mi juicio encontramos en la narrativa de Claudia Hernández, y en particular, en “Hechos de un buen ciudadano”: utilizar el trabajo del duelo como demanda de justicia. La obra de Jacques Derrida, y puntualmente *Los espectros de Marx* (1993), es clave para entender esta idea. Para el filósofo francés, la respuesta ante un inacabable trabajo de duelo radica en la evocación permanente de los espectros. Así, la (re)aparición constante de los espectros opera como un recordatorio de que existe un trabajo de duelo inconcluso. Siguiendo este argumento, la única forma de poder efectivamente terminar este trabajo de duelo es por medio de la justicia. Sólo la justicia – que en su obra sólo existe en tanto *por-venir* – es capaz de acabar definitivamente con los espectros. De esta forma, al conjurar una y otra vez a los espectros de la guerra, encarnados en la multitud de cadáveres anónimos, Hernández “pone a los muertos a trabajar”, e instala el duelo inacabado como una demanda permanente de justicia en un espacio que ha negado reiteradamente dicha posibilidad.⁶

Siguiendo esta línea, podemos decir que Hernández asume la deuda que todo trabajo del duelo trae consigo, puesto que el duelo, como señala Derrida, es algo que le debemos a un otro que ya no está (*Espectros* 114). Esta deuda, a su vez, posee las características de una herencia, y por ende, más que una imposición forzada, opera en ella la necesidad de aceptación. Esta última, no obstante, viene con una profunda carga de responsabilidad, la que debe ser plenamente asumida por el receptor de la herencia (“No hay herencia sin llamada a la responsabilidad” [*Espectros* 114]). Somos libres, entonces, de aceptar o no la herencia-deuda. Hacerlo, implica asumir una responsabilidad ante el que no está, y de paso, nos convierte en sujetos en constante trabajo de duelo. Para Derrida, en el momento en que asumimos dicha deuda, comenzamos a percibir a los espectros que circulan a nuestro alrededor; los que siempre estuvieron ahí, que siempre nos observaron, pero que solo una vez que hemos aceptado la deuda, podemos verlos y aprender a vivir con ellos. Vivir, en definitiva, “más justamente” (*Espectros* 12).

Con base en lo anterior, es importante dejar en claro que al intentar abordar la problemática del duelo en la narrativa de Hernández no estamos apuntando a una melancolía perpetua a causa del fracaso de la revolución. Tampoco se piensa el duelo como un lamento por la comunidad nacional que ha quedado destrozada después de la guerra civil. Muy por el contrario, el trabajo del duelo, tal como aquí es entendido, opera como una forma de desarticulación política del discurso teleológico

de la modernidad que fue traducido por medio de la constitución republicana y nacional de El Salvador. De esta forma, pensar el trabajo del duelo es reflexionar necesariamente en torno a la demanda de justicia, y es precisamente a raíz de esto que la literatura se esfuerza constantemente por evitar la reconfiguración de la comunidad nacional bajo el presentismo absoluto propuesto por el capitalismo transnacional.

Mediante esta lectura, me interesa dialogar con la hipótesis propuesta por Yansi Pérez en su artículo “Memory and Mourning in Contemporary Latin American Literature: A Reading of Claudia Hernández’ *De fronteras*” (2014). En dicho texto, Pérez afirma que, en la obra de Hernández, el trabajo del duelo funciona como una parodia, alternándose con el humor y la ironía. En sus palabras: “Claudia Hernández’ stories narrate ... the metamorphosis of mourning. They present a disfigured, grotesque and absurd mourning”. Si bien es cierto que existen innumerables elementos absurdos y grotescos en la narrativa de Hernández sobre el duelo, todos ellos se orientan, a mi parecer, hacia una demanda permanente de justicia por los crímenes históricos del estado. Por lo tanto, más que paródico o grotesco, considero que el trabajo del duelo en Hernández tiene una carga ética que no debemos pasar por alto.

El cuento “Hechos de un buen ciudadano” (parte I) de Claudia Hernández comienza con el hallazgo de un cadáver de mujer al interior de la cocina del narrador protagonista. Ante el inesperado encuentro, el narrador entiende de inmediato que se encuentra frente al cadáver de una persona asesinada y se sorprende de la precisión con que fue hecho el “trabajo”. Como el propio narrador explica, él ha visto muchos asesinados en su vida, pero ninguno se encuentra tan impecablemente asesinado como este. Si ya en un primer momento el hallazgo del cadáver descoloca al lector, lo propio hace la reacción del protagonista. En vez de dar aviso a las autoridades o llamar a la policía, decide poner un aviso en el diario señalando que ha encontrado un cadáver en su casa y queda a la espera de que los familiares lo contacten. El personaje recibe diversas llamadas de personas que buscan a seres queridos que han sido asesinados y/o desaparecidos en los últimos días, sin lograr encontrar a los verdaderos familiares. Finalmente, después de una semana el protagonista asume lo infructuoso de su búsqueda y decide contactarse con uno de los hombres que lo ha llamado anteriormente para entregarle el cadáver de la mujer en reemplazo del cuerpo de un hombre para que sea sepultado.

En la segunda parte del cuento, el narrador comienza a recibir llamadas de decenas de personas que también han encontrado cadáveres en sus casas y que lo contactan con la esperanza de que él pueda ayudarles a solucionar la situación. El protagonista los invita a todos a su casa y les

enseña cómo conservar los cuerpos en las mejores condiciones. Luego, les insta a publicar un aviso en el periódico similar al suyo y a sentarse a esperar que sean contactados por los familiares de las víctimas. Al cabo de unos días, trece de las veinte personas que se encuentran en su casa logran reunir al cadáver con sus seres queridos. Los otros siete, sin embargo, no lo consiguen. En ese momento, el narrador decide revelarles el secreto de cómo logró deshacerse del cuerpo de la mujer, y el resto de los personajes acuerdan hacer lo mismo en caso de que no puedan ubicar a los deudos. Pese a esto, el narrador se ofrece a cuidar los cuerpos mientras las familias aparecen y el resto de los sujetos se retiran a sus casas. Una vez que todos se han ido, el protagonista procede a trozar los cadáveres y cocinarlos. Posteriormente, los lleva a los sectores más marginados de la ciudad para alimentar a los vagabundos hambrientos. Cuando las autoridades descubren lo que ha hecho, deciden entregarle un reconocimiento por su acto caritativo (desconociendo el origen de la comida) y lo premian en una ceremonia pública por comportarse como un ciudadano ejemplar.

Como se aprecia en este resumen, las dos partes del cuento encierran una profunda reflexión con respecto al trabajo del duelo y nos enfrentan con la pregunta “¿Qué hacer con los muertos?”. Esta interrogante, como veremos a continuación, nos llevará por los caminos de la reflexión ética, la noción de comunidad y las trabas en el trabajo del duelo, para instalar finalmente una demanda de justicia que resulte válida tanto para las decenas de miles de víctimas del conflicto armado como para todos aquellos que han sido víctimas de la violencia ejercida por el estado moderno desde la fundación de la república.

Un primer elemento sobre el cual quisiera detenerme es la dimensión ética. En el relato de Hernández, la ética se expresa principalmente por medio de la responsabilidad que opera en cada uno de los personajes de la historia, quienes se asumen como catalizadores y miembros activos dentro del trabajo del duelo de los miembros de su comunidad. Esto se materializa en los diversos esfuerzos que realizan los personajes para dar con los familiares de las víctimas, de modo que estas puedan ser reconocidas y posteriormente sepultadas. Esta acción se inscribe de forma concreta dentro de un trabajo del duelo orientado hacia la justicia puesto que, siguiendo nuevamente a Derrida, en todo trabajo del duelo existe la necesidad de fijar, identificar y reconocer a los cadáveres.⁷ Sin embargo, en “Hechos de un buen ciudadano” queda completamente claro que identificar a las víctimas y encontrar a sus familiares no traerá consigo ningún tipo de justicia o reparación por los crímenes ocurridos. En este contexto, todas las muertes están cubiertas ineludiblemente por un hálito de impunidad. Lo anterior nos sitúa en un escenario complejo puesto que

nos enfrenta a la pregunta de cómo asumir el llamado a la responsabilidad ante una evidente impunidad y falta de justicia. A mi parecer, el cuento resuelve este problema mediante la voluntad de conservación y preservación de los cadáveres por parte de los diversos personajes. Si bien esto puede ser leído como una acción práctica para evitar el olor a podredumbre y los problemas higiénicos que esto conlleva, lo cierto es que dicha conservación funciona muy bien como una metáfora de la preservación de los muertos en la memoria social de la población. Así, no es una conservación azarosa ni aleatoria, sino más bien, es una demanda ética por preservar a los muertos hasta que sus familiares puedan encontrarlos y darles sepultura. Mediante esta acción, el relato nos deja en claro que cada uno de los sujetos que interactúan en esta historia asume plenamente su responsabilidad con aquel que ha muerto injustamente.

Lo anterior puede ser leído como un momento ético, en un sentido levinasiano, puesto que en estas acciones emerge la dimensión comunitaria del duelo tal como la propone Butler. Este relato plantea que todos los cadáveres son parientes de alguien que se encuentra al interior de la propia comunidad y con quien los personajes se sienten identificados. Una primera manifestación de esto ocurre en las primeras líneas del cuento cuando, tras describir el estado del cadáver, el narrador señala que la mujer “tenía cara de llamarse Lívida” (17). Mediante este gesto nominalizador, el protagonista del cuento inscribe el cuerpo de la mujer dentro de su propia comunidad, devolviéndole así la humanidad que le fue privada por parte de su(s) asesino(s). De este modo, entendemos que las acciones y palabras del protagonista operan en una dirección doble y complementaria. Por un lado, al dotar de un nombre (o de un rostro, como diría Levinas) a la mujer anónima el protagonista logra fijar el cadáver para comenzar a operar desde allí el trabajo del duelo, y por otro, esta acción implica a su vez que dicha mujer es reconocida como miembro de una comunidad y, por lo tanto, su vida y su muerte merecen ser lloradas.

Esto nos permite entender el vocabulario que encontramos en el cuento para referirse a la relación de pertenencia de cada muerto con una determinada persona o grupo familiar, como evidencia el anuncio que el protagonista publica en el periódico, “Busco *dueño* de cadáver” (17; énfasis mío), y las llamadas que recibe el protagonista en la segunda parte cuando le preguntan cómo había logrado poner fin al problema de tener “un cadáver *ajeno* en casa” (39; énfasis mío). Si bien esto podría ser leído como una forma de desentenderse del problema puesto que cada muerto tiene sus propios deudos y son ellos quienes deben hacerse cargo de lo ocurrido, bajo la óptica aquí propuesta la utilización de estas palabras nos traslada a un escenario de violencia y muerte que resulta transversal a todos los

miembros de la comunidad. Como consecuencia de esto, “Hechos de un buen ciudadano” nos sitúa en un espacio donde todo *tienen* sus propios muertos (producto de muertes violentas, no naturales), y es precisamente esto lo que genera un sentimiento de responsabilidad hacia el resto de las personas.

La dimensión ética a la que hemos hecho referencia hasta el momento nos obliga a detenernos en un punto central que debe ser resuelto: la comunidad. Como se ha planteado en un comienzo, lo que ha operado al interior de la narrativa salvadoreña a consecuencia de la guerra civil es precisamente una percepción del agotamiento de la comunidad nacional como espacio de identificación; por lo tanto, resulta fundamental preguntarse: ¿Mediante qué elemento(s) el cuento de Hernández logra trazar el hilo unificador de la comunidad del relato? A mi juicio, el elemento cohesionador que sostiene a la comunidad en el espacio de la narración no es otro que la condición de precariedad compartida por todos los personajes. Para profundizar este punto, es importante volver brevemente sobre la reflexión de Butler, quien sostiene que si bien por definición toda vida es precaria puesto que “the possibility of being sustained relies fundamentally on social and political conditions, and not only on a postulated internal drive to live” (*Frames of War* 21), existe una condición de precariedad que designa la “politically induced condition in which certain populations suffer from failing social and economic networks of support and become differentially exposed to injury, violence, and death” (*Frames of War* 25). En este sentido, podemos decir que lo que inunda la vida de los personajes del cuento no solamente es la violencia continua y descarnada que sufren, sino también, la condición precaria de sus vidas. Lo anterior implica, en otras palabras, que los diversos personajes del cuento son susceptibles de ser asesinados en cualquier momento en la más completa impunidad y, por lo tanto, es el carácter común de esta condición lo que permite que los personajes construyan un fuerte vínculo entre ellos. De esta forma, el vínculo comunitario que antiguamente se encontraba sustentado en la pertenencia a una comunidad nacional, en el marco del neoliberalismo de la postguerra se encuentra anclado en el reconocimiento mutuo de la precariedad de la vida. En este contexto, cada personaje que puebla el cuento asume su propia condición de precariedad, y por lo tanto, su responsabilidad con los que son iguales a él a la hora de activar el trabajo del duelo.⁸

Un segundo aspecto sobre el que quisiera detenerme es el rol que juega el lenguaje y la comunicación al interior de “Hechos de un buen ciudadano”. Este punto es esencial dentro del trabajo del duelo puesto que, como señaló Walter Benjamin en su análisis del drama barroco alemán,

"[e]n todo luto hay una tendencia a prescindir del lenguaje" (447). Esto, por supuesto, va mucho más allá de la mera imposibilidad de la comunicación y se relaciona con la dificultad de nombrar pese a la necesidad de hacerlo. De allí deriva, a su juicio, el carácter alegórico del barroco alemán, y para los efectos de esta investigación, lo importante de la oblicuidad del lenguaje en medio del trabajo del duelo.

En este sentido, uno de los primeros elementos en que vale la pena detenerse es la virtualmente inexistente comunicación que existe entre los sujetos que pueblan el cuento y el estado. Podemos observar una clara expresión de esto en el momento en que el narrador bloquea lo que parecería ser el primer intento lógico de comunicación: dar aviso del hallazgo de la mujer a los supuestos responsables del orden y la seguridad. Sólo en un momento del cuento, en la mitad de la primera parte, el protagonista evalúa dar aviso a las autoridades para que "se hicieran cargo de ella, pues comenzaba a oler mal pese a mis cuidados" (19). Sin embargo, el narrador desiste de su idea inmediatamente y decide contactar al hombre que lo ha llamado previamente para realizar el intercambio del cadáver.

Que el narrador y los diversos personajes que habitan el cuento rechacen cualquier posibilidad de comunicación directa con el estado no implica que se nieguen a otros tipos de comunicación. Esto es lo que observamos en la decisión del narrador de publicar un aviso en el periódico, donde se aprecia una voluntad de poner en circulación el descubrimiento que ha hecho recientemente: "Busco dueño de cadáver de muchacha joven de carnes rollizas, rodillas saltonas y cara de llamarse Lívida. Fue abandonada en mi cocina, muy cerca de la refrigeradora, herida y casi vacía de sangre" (17). Lo llamativo de este mensaje es el hecho de que no es transmitido como si fuera una noticia, sino más bien, se circunscribe a un anuncio personal, tal como si fuera un aviso económico. Al respecto, Misha Kokotovic apunta que esta comunicación "in the end it still serves to facilitate a transaction between private parties, the return of the cadavers, rather than a public discussion of the source of these enigmatic dead and the responsibility for the murder" (62). De este modo, si bien es evidente que el narrador pone en circulación un mensaje con respecto al hallazgo del cuerpo de Lívida, este no se articula como una denuncia con respecto a la ocurrido, sino más bien, utiliza un lenguaje que apunta estrictamente a comunicar un hecho y a solucionar un determinado problema puntual. Esta idea es reforzada por las palabras finales del anuncio ("Fue abandonada en mi cocina, muy cerca de la refrigeradora, herida y casi vacía de sangre"), puesto que transmite la idea de que alguien por

“accidente” olvidó el cuerpo de la mujer en su cocina, ocultando no sólo el asesinato sino también el abandono del cuerpo.

Lo anterior abre un problema con respecto a la comunicación en el cuento puesto que, como se ha visto, esta se canaliza principalmente de manera horizontal y manteniendo un importante silencio hacia las autoridades (lo que no deja de connotar una importante desconfianza). No obstante, la comunicación que tiene lugar en el cuento tampoco puede ser catalogada como enteramente directa y transparente puesto que si bien el narrador pone en circulación la aparición del cadáver de la mujer también oculta otros aspectos fundamentales, como el asesinato de la misma. El asunto, sin embargo, no queda solamente ahí, puesto que podemos decir que el mensaje enviado por el narrador fracasa en su intento de ponerse en contacto con los verdaderos familiares de Lívida. En otras palabras, la comunicación que nos presenta el cuento parece funcionar muy bien como reproductora de futuras comunicaciones (como la que tendrá el narrador con el resto de los personajes que encuentren cadáveres en sus casas), pero no resulta del todo efectiva para los objetivos que la inspiraron originalmente.

Ahora bien, este “fracaso” en la comunicación puede leerse al menos de dos formas no excluyentes. Por un lado, podemos entenderlo como un mecanismo continuo al interior del trabajo del duelo, en el que se intenta activar la comunicación y poner en circulación el mensaje pese a que esta falle constantemente. De este modo, podemos pensar este aspecto del cuento como un intento perpetuo de poner sobre la mesa, mediante el lenguaje, las consecuencias del trauma, esfuerzo que si bien fracasa una y otra vez, no hace desistir las tentativas de comunicación. Por su parte, este fenómeno puede ser también leído como una interrogación por los canales mismos de comunicación una vez que acontece el trauma. Slavoj Žižek nos ilumina en este punto al invertir la famosa sentencia de Adorno con respecto a la imposibilidad de la poesía después de Auschwitz: “it is not poetry that is impossible after Auschwitz, but rather *prose*. Realistic prose fails, where the poetic evocation of the unbearable atmosphere of a camp succeeds” (4-5). En otras palabras, si la postguerra niega la posibilidad de comunicar la pérdida y el duelo de forma directa y transparente, lo que se evidencia en el cuento mediante las continuas fallas en la comunicación, no nos debería sorprender el hecho de que se busquen nuevas formas de expresión e interacción. Siguiendo este punto, la lectura que realiza Alexandra Ortiz sobre el rol de los cadáveres en “Hechos de un buen ciudadano” resulta fundamental, puesto que señala que “es a través de los cuerpos ya inertes de los muertos que los vivos tienen la posibilidad de comunicarse” (“Por una poética” 5). De esta forma, mientras que el cuento

nos muestra, por una parte, las múltiples fallas en los mecanismos tradicionales de comunicación, Ortiz nos ayuda a identificar los nuevos caminos que esta toma en el marco del inacabado trabajo del duelo. Así, los cuerpos no sólo cumplen un papel de víctima, sino también, se convierten en traza, en escritura (en su sentido derridiano), y por ende, se constituyen en piezas claves dentro de los nuevos intentos de comunicación que se establecen dentro de una postguerra que intenta reprimir por todos los medios cualquier flujo comunicativo que busque restaurar la problemática del duelo.

Junto con lo anterior, es importante mencionar que en el cuento encontramos una ausencia casi total de diálogos. Por medio del estilo indirecto libre, el narrador priva de toda presencia explícita al resto de los personajes. Esta acción también puede ser leída como una clave estética para posicionar el trabajo del duelo. En el cuento, la narración y la historia fluyen libre y velozmente, pasando de un escenario y de una situación a otra. Muchos personajes forman parte del relato, pero ninguno aparece de forma patente. Este juego, a mi parecer, funciona bajo la lógica de visibilización e invisibilización que el lenguaje permite al interior del trabajo del duelo. El narrador nombra una y otra vez a los personajes, cuenta sus problemas y lo que piensan, sin embargo, jamás permite que estos se revelen al interior de la narración. De esta forma, gracias a la construcción lingüística del relato, podemos entender que no sólo los cadáveres hallados en las diversas casas operan a un nivel espectral, sino también, todos los personajes que pueblan la narración.

Al hacer un balance del rol que juega el lenguaje al interior del cuento nos damos cuenta de que este es constantemente puesto en tela de juicio, principalmente en torno a su capacidad comunicativa y cognoscitiva. Esto puede ser entendido como una de las principales consecuencias de la guerra, puesto que, como ha planteado Villalobos-Ruminott, una de las posibles claves de acceso a la narrativa centroamericana de los últimos años podría ser precisamente “la imposible relación entre el dolor experimentado y las palabras empleadas para comunicarlo” (“Literatura y destrucción” 133). De esta forma, la narrativa de Hernández entra en lo que se ha denominado frecuentemente como “literatura post-testimonial”, toda vez que, como ha señalado Alexandra Ortiz, “rompe definitivamente con el carácter representativo-simbólico-mítico del testimonio” (*El arte* 79). Entender esta ruptura simbólica es fundamental puesto que, en palabras de Alberto Moreiras, una escritura anti-simbólica debe entenderse como lo “opuesto a las construcciones heroicas desde el punto de vista identitario” (110). Así, la narrativa de Hernández ofrece la posibilidad de construir una literatura que ya no se ancle en el proyecto modernizador, y por ende, que

rechace no sólo los privilegios otorgados por este, sino también, que pueda escapar a la obsesión identitaria de la comunidad nacional o regional. Mediante esta formulación, comienza ya a cerrarse aquel momento en que la confianza absoluta en el lenguaje como vehículo de transmisión y comunicación permitió que el testimonio se convirtiera en “the dominant contemporary form of narrative in Central America” (Beverly y Zimmerman 172).

A continuación, quisiera detenerme en un aspecto que resulta fundamental dentro del trabajo del duelo: la sustitución. Dentro del esquema clásico de Freud, un exitoso trabajo del duelo consiste en la sustitución del objeto de deseo perdido por uno nuevo, lo que tiene lugar mediante un redireccionamiento de la libido. En el cuento de Hernández, la sustitución juega un rol fundamental y termina siendo el principal catalizador en el desenlace de ambas secciones de la historia. En la primera parte, la sustitución aparece como la mejor solución para el protagonista cuando, tras una semana de espera, reconoce que no podrá encontrar a los familiares de Lívida. En ese momento, decide hacer pasar el cadáver de la mujer por el de otra persona y llama a un hombre que lo había contactado previamente, pero que buscaba un cadáver de hombre: “le sugerí que aceptara el cadáver que estaba en mi cocina y lo presentara a los suyos -en un ataúd sellado- como el del pariente que habían perdido, así haríamos dos favores: le daríamos entierro a esa niña y calmaríamos a los parientes de él” (19). Por medio de esta sustitución, el protagonista logra un doble objetivo: por un lado, se deshace del cuerpo de la mujer que ya está comenzando a oler mal, y por otro, permite que la familia que buscaba a su pariente muerto pueda llevar a cabo su propio trabajo del duelo.

Hacia el final de la segunda parte del cuento nos encontramos con una nueva sustitución, aunque esta vez mucho más macabra. Cuando ya reina la desazón entre las personas que han encontrado cadáveres en sus casas por no poder reunir los cuerpos con sus familiares, el narrador decide revelarles el cambio que realizó con Lívida. Posteriormente, el protagonista les dice a las personas que se retiren y que él se hará cargo de los cadáveres. Cuando todos se han ido, se dispone a “lavar los cadáveres para quitarles el exceso de sal ... Después herví los trozos, deshilé la carne y la mezclé con una salsa hecha con los tomates que cultivo en mi jardín. El sabor era inmejorable” (41). A continuación, el narrador señala: “llevé el guiso a los sitios que albergan pordioseros, indigentes y ancianos y les serví abundantes porciones las veces que desearon” (41). Con esta acción, una vez más, la máquina narrativa de Hernández hace operar la sustitución como motor al interior del relato. No obstante, a diferencia de lo visto en la primera parte, donde al menos una familia logra realizar el trabajo del

duelo, esta vez presenciamos la cancelación de toda posibilidad de duelo para los familiares de las víctimas. No obstante lo anterior, la acción mediante la cual el protagonista se deshace de los cuerpos está marcada por la ayuda a un prójimo, quienes junto con encontrarse desposeídos de bienes materiales, forman también parte de la comunidad de vidas precarias. Es debido a esto que la acción cobra una función simbólica, toda vez que ante la imposibilidad de justicia que opera en la muerte de los cadáveres anónimos, el protagonista decide extraer de dicha injusticia un cierto beneficio para su inestable y precaria comunidad. Son los muertos, en definitiva, los que alimentan a quienes prontamente lo serán.

Vemos así que con respecto al problema de la sustitución ambas partes del relato operan como contrapunto entre ellas. En la primera sección, la sustitución es ambigüamente efectiva, permitiendo que el cadáver de la mujer tenga una sepultura y que la familia del hombre fallecido pueda llevar a cabo un rito de entierro que les permita, eventualmente, superar la pérdida. No obstante, a la familia de Lívida se le niega para siempre dicha posibilidad, y es aquí donde se evidencia que lo que parecería ser un exitoso trabajo de duelo nuevamente ha quedado en duda dada su ambigüedad. Por otro lado, la segunda parte de la historia nos ubica en un escenario donde prima la imposibilidad total de sustitución, y como consecuencia, nos sitúa ante un duelo imposible. Opera de este modo una suerte de parálisis al interior del trabajo del duelo, lo que implica, a juicio de Idelber Avelar, “a breakdown in metaphor: the mourner perceives the uniqueness, the singularity of the lost object as staunchly resisting any substitution, that is, any metaphorical transaction” (211). Esta imposibilidad en la operación metafórica de la sustitución se encuentra dada, a mi juicio, por la multiplicidad de los cadáveres. Dicho de otra forma, el cuento nos arrastra a un escenario donde es tal la producción de muerte que ésta pierde toda condición de acontecimiento y se transforma en una repetición constante. Esto nos enfrenta en definitiva con una suerte de callejón sin salida que vuelve a reforzar la imposibilidad del trabajo del duelo, puesto que, por un lado, la necesidad de llevar a cabo un trabajo del duelo viene dada ante la abundancia de los espectros que cubren el campo social. No obstante, es la propia multiplicidad de cadáveres la que termina por imposibilitar el trabajo del duelo para gran parte de la población, dejándonos inmersos en un espacio habitado por incontables espectros donde ninguna sustitución parece ser posible.

Finalmente, correspondería hacer algunas puntualizaciones en torno al problema de la justicia. Lo primero que habría que precisar es que en el cuento ninguno de los personajes considera la posibilidad de justicia, en su sentido tradicional/legal, dentro de su horizonte de expectativas. En el

relato no existe un sistema judicial que se haga cargo de los diversos asesinatos que han ocurrido ni tampoco la voluntad de reclamar y exigir que este exista. Pese a esto, “Hechos de un buen ciudadano” sí puede ser leído como una narración que clama por justicia. Para entender mejor esta idea es importante volver brevemente sobre la reflexión de Derrida en torno a este concepto, principalmente cuando señala que “Justice is an experience of the impossible: a will, a desire, a demand for justice the structure of which would not be an experience of aporia, would have no chance to be what it is – namely, a just *call* for justice” (“Force” 244). Esto implica, en otras palabras, que la justicia sólo puede ser entendida como en constante *por-venir*, y operando principalmente como demanda, toda vez que se entiende que el presente es, por definición, un espacio completamente carente de ella.

Lo anterior resulta muy útil para pensar el cuento de Hernández puesto que nos permite entender que la exigencia de la justicia opera precisamente por medio de la exposición de los espectros. Hernández parece ser consciente de que una solución que ejecute condenas por las atrocidades ocurridas antes, durante y después la guerra es un escenario virtualmente imposible. Por lo mismo, la visibilización de todo aquello que intenta ser ocultado desde el discurso político y comunicacional tradicional resulta clave. De esta forma, “Hechos de un buen ciudadano” nos expone los múltiples cadáveres anónimos que pueblan la historia de El Salvador. Así, en el momento en que un cadáver logra ser sustituido y, parcial y ambiguamente, se lleva a cabo un trabajo del duelo, veinte aparecen para reclamar su lugar dentro del espacio colectivo. Es por esto que es muy importante la segunda parte del cuento, y más aún el hecho de que esté ubicado no a continuación de la primera, sino tres cuentos después, ya que nos arrastra de nuevo a un marco narrativo del cual creímos haber escapado para enrostrarnos y recordarnos que de donde vino ese cadáver hay muchos más. De este modo, la narración de Hernández asume la responsabilidad al interior del trabajo del duelo. Su literatura se reconoce como heredera, como la receptora del don de la responsabilidad y, por ende, lleva a cabo una demanda de justicia. La literatura de Hernández, como resultado, aprende y nos enseña, en definitiva, a vivir con fantasmas.

Para comenzar a cerrar, quisiera volver sobre un fragmento del artículo “Memorias del desencanto” (2012) de Beatriz Cortez, donde la autora no sólo plantea la postergación del duelo en El Salvador, sino también pone en duda la posibilidad de algún día llevarlo a cabo:

Acaso el duelo que no hemos podido experimentar vaya mucho más allá de las recientes masacres y de los recientes crímenes de lesa humanidad. Acaso debe

remontarse al momento crítico de la formación de identidad centroamericana, una identidad que fue forjada con herramientas criollas que vanagloriaba el proceso de la conquista, que negaba desde entonces los vejámenes sufridos por los indígenas. Acaso el duelo lleve ya cerca de 200 años de retraso y siga sin ser inaugurado. (279)

A mi parecer, esta reflexión es clave a la hora de pensar la posibilidad del trabajo del duelo en El Salvador, puesto que al preguntarnos por el trabajo del duelo en la narrativa contemporánea, y en particular en la obra de Claudia Hernández, no estamos abogando por la reinstauración del concepto de comunidad nacional ni por una superación del trauma que traiga consigo un olvido generalizado de las atrocidades ocurridas – que han sido las tareas emprendidas desde la oficialidad nacional –, sino más bien, se busca una reflexión crítica que problematice los discursos oficiales que circulan en la esfera pública.

El cuento “Hechos de un buen ciudadano” de Claudia Hernández es una de las narrativas más interesantes dentro de la literatura sobre el duelo en El Salvador puesto que es capaz de reunir en pocas páginas una reflexión compleja sobre las posibilidades y dificultades de este. Por ejemplo, explora la relación entre duelo y comunidad y las posibilidades que ofrece este vínculo ante el agotamiento de la comunidad nacional como principal espacio de inscripción. En este contexto, vemos que la precariedad de la vida se convierte en uno de los principales lazos que permiten unir a las personas dentro de la historia, dejando en claro que los sujetos que viven vidas precarias son los principales interesados en que sus pares puedan activar y llevar a cabo un adecuado trabajo de duelo, lo que manifiesta su responsabilidad hacia sus iguales. Por su parte, el cuento nos enfrenta con algunos importantes problemas en este proceso: el lenguaje y la sustitución. Por un lado, en el cuento encontramos una reflexión constante sobre las posibilidades del lenguaje en el marco de un duelo inacabable. Esto se expresa en la propia escritura del cuento, la que se presenta por medio de un estilo indirecto libre que niega la participación explícita de los diversos sujetos que pueblan la historia, relegándolos más bien a una presencia espectral que se materializa exclusivamente mediante la voz de un narrador omnisciente. Lo anterior es complementado por medio de las continuas fallas en los diversos intentos de comunicación. Este es un punto muy interesante toda vez que el cuento puede ser entendido como una sumatoria de esfuerzos por establecer comunicación entre los sujetos, los que resultan sólo parcialmente satisfactorios. Pese a esto, queda de manifiesto la intención permanente de comunicar, aunque sea mediante un lenguaje oblicuo, las consecuencias de la violencia. Por su parte, “Hechos de un buen

ciudadano” explora también el rol de la sustitución en el trabajo del duelo y muestra las limitaciones de este por medio de su ambigüo y discutible éxito. En este sentido, si bien la sustitución termina siendo la catalizadora que permite el desenlace de ambas partes de la historia, también es cierto que dichas sustituciones no terminan de ser satisfactorias para los sujetos dolientes. Así, el cuento parece orientarse hacia una imposibilidad de la sustitución, poniendo sobre la mesa el carácter irremplazable de las vidas perdidas.

Todos estos elementos nos permiten pensar que en “Hechos de un buen ciudadano” la superación del trabajo del duelo resulta una tarea virtualmente imposible. Sin embargo, esta imposibilidad, al contrario de generar algún tipo de patología melancólica, es capaz de orientarse políticamente hacia una suerte de “mejor vivir” por medio de la demanda por justicia, la que se expresa mediante la proliferación de los cadáveres. Mantener el duelo activo, y por ende dejar en evidencia el fluir constante de los espectros en nuestro mundo, es la única forma de traer a la presencia a aquellos que ya no están, aquellos que han muerto víctimas de las injusticias y atrocidades que pueblan la historia del país.

Finalmente, no debemos perder de vista que la implementación de las políticas neoliberales que tuvieron lugar una vez que terminó la guerra tiene una responsabilidad no menor en las, hasta ahora, infructíferas demandas por justicia. El rol del neoliberalismo es clave, puesto que, como ha señalado Idelber Avelar, este nos empuja a vivir en un presente perpetuo que nos lleva a olvidar el origen de dicho presentismo (2). Pero el origen está bastante claro, como ha señalado acertadamente Ricardo Roque Baldovinos con respecto a la sentencia de que la guerra en El Salvador terminó “sin vencedores ni vencidos”: “pasada la primera década después de la firma de los acuerdos de paz, se volvió más claro el carácter encubridor e ideológico de este cliché. Sí hubo claros ganadores y perdedores. El principal ganador fue (no el ejército, por supuesto) sino el capital” (172). En otras palabras, la génesis de la implementación del neoliberalismo en El Salvador es precisamente el fin de la guerra civil, puesto que en el momento en que los proyectos políticos modernos se agotan y se anulan entre sí, las reformas neoliberales permiten redireccionar el país hacia un mercado que niega todo origen y pasado para alimentar una nueva matriz económica que encuentra quizás su punto más álgido en la dolarización de la economía salvadoreña el año 2001.⁹ Por medio de la reconfiguración neoliberal, el estado y las élites locales buscan rearticular la comunidad nacional, esta vez ya no amparados en una ciudadanía de derechos, sino más bien, de consumo. En este escenario, la guerra y sus consecuencias sociales y humanas deben ser

olvidadas y superadas. Precisamente por lo mismo, es que una reflexión sobre el duelo, en tanto demanda de justicia, se vuelve absolutamente necesaria. Es casi un mandato, una responsabilidad que hay que saber asumir.

Tulane University

NOTAS

- 1 En 1992, la Asamblea Legislativa de El Salvador promulgó la “Ley de reconciliación nacional”, que concedía una amnistía generalizada para todos los participantes en el conflicto bélico. En su artículo sexto, se señalaba que la ley no se aplicaría a quienes fuesen acusados por el Tribunal del Jurado, que perseguía los crímenes de lesa humanidad. El 15 de marzo del año siguiente, se publicó el informe “De la locura a la esperanza: La guerra de 12 años en El Salvador”. Cinco días después de esta publicación, se modificó el artículo sexto y se pasó a conceder amnistía total a todos los involucrados en el conflicto sin importar la naturaleza de sus crímenes. Esta ley se mantuvo en vigencia durante 23 años, hasta que en julio de 2016 la Corte Suprema de Justicia la declaró finalmente inconstitucional. Sin embargo, pese a la algarabía que esta noticia generó en el país y los medios internacionales, lo cierto es que hasta el momento existe poca claridad con respecto a las potenciales investigaciones judiciales que se llevarán a cabo. Por su parte, el país cuenta con escasos, y mal tenidos, monumentos que recuerdan a las víctimas de la violencia durante la época del terrorismo de estado. Ejemplo de esto lo encontramos en lugares como el “Monumento a la Memoria y la verdad”, ubicado en un costado del parque Cuscatlán que no resulta visible desde el exterior ni desde muchos lugares del parque, y “El Mozote, nunca más”, ubicado a unas cuatro horas de San Salvador, que recuerda a las víctimas de la masacre de El Mozote en 1981.
- 2 Esta declaración tuvo lugar el 16 de enero del año 2010, durante la conmemoración de los 18 años de la firma de los acuerdos. Para profundizar sobre este punto, ver el reportaje de *El Faro*, “Funes pide perdón por abusos durante la guerra”.
- 3 Es importante dejar en claro desde el comienzo que la segunda parte del cuento funciona de forma independiente a la primera. Si bien esta continúa la historia de la parte I, lo cierto es que la primera parte no resulta imprescindible. Se debe mencionar a su vez que la segunda parte no está a continuación de la primera, sino tres cuentos después. No obstante, para los efectos de este análisis, los concebiré como un sólo relato dividido en dos secciones.

- 4 Ver Rodríguez, "Globalización y gobernabilidad" y *Women, Guerrillas, and Love*; Sarmiento, "Comunidad y catástrofe en la narrativa salvadoreña contemporánea".
- 5 Una muestra de esto se encuentra en los discursos pronunciados tanto por Shafik Handal como por Alfredo Cristiani en el marco de la firma de los Acuerdos de Paz en Chapultepec, México. En ambas declaraciones, pese a seguir caminos diferentes, encontramos la idea del consenso como pieza clave en la reconstrucción de la comunidad nacional. Ambos son plenamente conscientes de que sin una fuerte idea de comunidad, todo el proyecto político que ambos representaron corre el riesgo de venirse abajo. Ver "Discurso del Lic. Alfredo Cristiani" y "Discurso de Shafik Jorge Handal".
- 6 Derrida señala: "Suponiendo que los restos mortales sean identificables hoy se sabe mejor que nunca que un muerto debe poder trabajar. Y hacer que se trabaje, quizá más que nunca" (*Espectros* 113).
- 7 Al respecto, Derrida señala "El duelo consiste siempre en ontologizar restos, en hacerlos presentes, en primer lugar en *identificar* los despojos y en localizar a los muertos ... Es necesario saber. *Es preciso saberlo*" (*Espectros* 23; énfasis en el original).
- 8 Mediante esta lectura, podemos afirmar que lo que subyace en la interacción de los personajes al interior del cuento no es una mera "cortesía" bajo circunstancias paradójicas dentro de lo fantástico, como ha señalado José Pablo Rojas ("La naturalización de lo fantástico"), sino más bien, un reconocimiento de humanidad en el otro, la que a su vez, se inscribe dentro de las pautas de precariedad establecidas por la guerra y la postguerra.
- 9 Para una crítica con respecto a este fenómeno, ver *Ensayos. La economía política de la dolarización en El Salvador* de Carlos Glower.

OBRAS CITADAS

- AVELAR, IDELBER. *The Untimely Present. Postdictatorial Latin American Fiction and the Task of Mourning*. Durham: Duke UP, 1999.
- BENJAMIN, WALTER. "El origen del Traverspiel alemán". *Obras I*. Madrid: Abada, 2006. 223-459.
- BEVERLY, JOHN Y MARC ZIMMERMAN. *Literature and Politics in the Central American Revolutions*. Texas: U of Texas P, 1990.
- BUTLER, JUDITH. *Precarious Life. The Powers of Mourning and Violence*. London/New York: Verso, 2004.
- . *Frames of War. When is Life Grievable?* London/New York: Verso, 2009.
- CRISTIANI, ALFREDO. "Discurso del Lic. Alfredo Cristiani en la ceremonia de firma de los Acuerdos de Paz el 16 de enero de 1992, en el castillo de Chapultepec en México". *Asamblea Legislativa. República de El Salvador*. S. pag. Web.

- CORTEZ, BEATRIZ. "Memorias del desencanto: El duelo postergados y la pérdida de la subjetividad heroica". *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas III. (Per)Versiones de la modernidad. Literaturas, identidades y desplazamientos*. Eds. Beatriz Cortez, Alexandra Ortiz y Verónica Ríos. Guatemala: F&G editores, 2012. 259-80.
- "De la locura a la esperanza: La guerra de 12 años en El Salvador". *Derechos humanos.net*, 15 de marzo de 1993. S.pag. Web.
- DELUGAN, ROBIN MARIA. *Reimagining National Belonging. Post-Civil War El Salvador in a Global Context*. Tucson: The Arizona UP, 2012.
- DERRIDA, JACQUES. *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*. Trad. José Miguel Alarcón y Cristina de Peretti. Madrid: Editorial Trotta, 1998.
- . "Force of Law". *Acts of Religion*. Trad. Mary Quaintance. London/New York: Routledge, 2002. 228-298.
- FREUD, SIGMUND. "Mourning and Melancholia". *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*. Vol. 14. Trad. James Strachey. London: The Hogarth Press, 1957. 243-58.
- "Funes pide perdón por abusos durante la guerra". *El Faro*, 16 de enero de 2010. S.pag. Web.
- GLOWER, CARLOS. *Ensayos. La economía política de la dolarización en El Salvador*. San Salvador: s.n., 2010. S. pag. Web.
- HANDAL, SHAFIK. "Discurso de Shafik Jorge Handal, miembro de la comandancia general del FMLN y jefe de su comisión negociadora, durante la ceremonia de firma de los Acuerdos de Paz, en el castillo de Chapultepec, en México, el 16 de enero de 1992". *Asamblea Legislativa. República de El Salvador*. S. pag. Web.
- HERNÁNDEZ, CLAUDIA. *De fronteras*. Guatemala: Editorial Piedra Santa, 2007.
- KOKOTOVIC, MISHA. "Telling Evasions: Postwar El Salvador in the Short Fiction of Claudia Hernández". *Acontracorriente* 11.2 (2014): 53-75.
- LEVINAS, EMMANUEL. *Totalidad e infinito: Ensayo sobre la exterioridad*. Trad. Daniel E. Guillot. Salamanca: Ediciones Sígueme, 2002.
- . *Ética e infinito*. Trad. Jesús Ayuso. Madrid: La balsa de la medusa, 2000.
- "Ley de reconciliación nacional". *Asamblea Legislativa. República de El Salvador*. S. Pag. Web.
- MOREIRAS, ALBERTO. *Tercer espacio. Literatura y duelo en América Latina*. Santiago de Chile: Lom Ediciones, 1999.
- ORTIZ, ALEXANDRA. *El arte de ficcionar: la novela contemporánea en Centroamérica*. Madrid: Iberoamericana, 2012.
- . "Claudia Hernández - Por una poética de la prosa en tiempos violentos". *LEJANA. Revista crítica de narrativa breve* 6 (2013). S. pag. Web.

- PÉREZ, YANSI. "Memory and Mourning in Contemporary Latin American Literature: A Reading of Claudia Hernández' *De Fronteras*". *Habana elegante* 55 (2014). S. pag. Web.
- RIVAS, CECILIA. *Salvadoran Imaginaries. Mediated Identities and Cultures of Consumption*. New Brunswick/New Jersey/London: Rutgers UP, 2014.
- ROJAS, JOSÉ PABLO. "'Hechos de un buen ciudadano', de Claudia Hernández: la naturalización de lo 'fantástico'". *Káñina. Revista Artes y Letras* 38.1 (2014): 43-55.
- RODRÍGUEZ, ILEANA. *Women, Guerrilla, and Love: Understanding War in Central America*. Minneapolis: U of Mississippi P, 1996.
- . "Globalización y gobernabilidad: Desmovilización del gestor social nacional en Centroamérica". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 13 (2006). S. pag. Web.
- ROQUE BALDOVINOS, RICARDO. "Duelo y memoria. Sobre la narrativa de posguerra en El Salvador". *Niños de un planeta extraño*. San Salvador: Editorial Universidad Don Bosco, 2012. 172-83.
- SARMIENTO, IGNACIO. "Comunidad y catástrofe en la narrativa salvadoreña contemporánea: Horacio Castellanos Moya, Claudia Hernández y Mauricio Orellana". *Transmodernity. Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World* 6.1 (2016): 16-34.
- VILLALOBOS-RUMINOTT, SERGIO. "Literatura y destrucción: Aproximación a la narrativa centroamericana actual". *Revista Iberoamericana* 59.242 (2013): 131-48.
- . *Soberanías en suspenso. Imaginación y violencia en América Latina*. Buenos Aires: La cebra, 2013.
- ŽIŽEK, SLAVOJ. *Violence: Six Sideways Reflections*. New York: Picador, 2008.